

A la Benemérita Sociedad Literaria "Amantes de la Luz"

Dedica este humilísimo trabajo, consagrado a la memoria de uno de sus miembros más queridos, su Representante ante la Sociedad
LA PROGRESISTA — La Vega.

LORENZO J. PERELLO HIJO.

Para tan breve ser
quién te dió vida?

I

Concluida la efervescencia suscitada por los últimos deplorables sucesos, tiempo es ya de que volvamos la mirada al pasado sombrío, para poner de relieves, tal como era, tal como hubiera llegado a ser, una personalidad simpática y modesta que yace en él casi por completo olvidada. Tarea difícil en extremo es ésta para quien reconoce y proclama encontrarse desprovisto de las facultades necesarias para llenarla cumplidamente; pero que acometemos gustosos, sin paramientos en aquella importantísima circunstancia, toda vez que a ello nos impele, con fuerza irresistible, la amistad que nos unía a aquel joven, muerto cuando mayores eran las esperanzas en él fundadas, por su clara inteligencia y por su probada adhesión a la causa sagrada del mejoramiento público.

Idénticos propósitos e iguales principios políticos, aunque quizás discrepásemos en cuestiones de detalle, contribuían a extremar los lazos de aquel afecto, nunca turbado por esas pequeñeces que tan frecuentes son en la esfera de la vida. Nuestra amistad no databa de la niñez: siete años hace solamente que nos conocimos, y en tal espacio de tiempo, tal vez por afinidades psicológicas, tal vez por esa fuerza de atracción misteriosa que hace que las almas se proximen, aquel afecto, jamás desmentido, adquirió toda la consistencia de esas amistades que se estrechan en los juegos de la infancia y en la intimidad de las aulas, y que resisten casi siempre a todos los embates del destino.

Así, al trazar éstos renglones, como en tropel acuden a nuestra mente los recuerdos de más felices tiempos, turbando con su avasallador influjo, la serenidad de juicio que tanto se necesita para condensar en breves páginas, todo lo que nos sugiere el estudio de una personalidad, no ilustrada todavía con acciones eminentes, pero sí ennoblecida por su participación en actos meritorios, y apreciada hasta lo sumo en el círculo de su ciudad natal y de sus numerosísimos amigos.

II

Hijo de honradísima familia, en la que arde

perenne, como en oculto santuario, la luz de las más preciadas virtudes sociales, nació Lorenzo J. Perelló hijo, en la ciudad de Santiago de los Caballeros el año 1882. Los saludables ejemplos que se ofrecían a su vista en el hogar a toda hora, y las enseñanzas que en él oía, nutrieron su inteligencia con elevadísimos principios morales y formaron en su pecho ese caudal de nobles sentimientos de que supo hacer más tarde apropiado uso.

Sentimiento predominante desde temprano en su alma, fué el amor que en todas ocasiones demostró a la ciudad en que naciera; ciudad que brilla en las páginas de la patria historia con inelipsable luz, pues brinda en sus anales, cuajados de tradiciones épicas y legendarias acciones, material sobrado para formar espléndida y sublime epopeya. La resistencia heroica que opuso la ciudad invicta a las falanges haitianas el 30 de Marzo de 1844, coronada con triunfo gloriosísimo; sus brillantes recuerdos de la época en que las huestes iberas hollaban los quisqueyanos lares; la página inmortal de la Evolución; los ingentes esfuerzos de aquel noble pueblo en pro de la causa de redentores ideales, y otros hechos de grata recordación, que son timbres más que suficientes para dar a Santiago los caracteres de la grandeza y el heroísmo, cautivaban su generoso espíritu, apasionado siempre por todo lo que rebasase del nivel común y se cerniese en luminosísimas esferas.

Una de sus más queridas aspiraciones era la de acrecentar, en lo posible, aquel tesoro de nobles glorias, no ya pugnando por guerreros lauros, y sí por el pronto mejoramiento, en todos sus órdenes de la vida, de la hermosa población que bañan las ondas del pintoresco Yaque. En la prensa, en la tribuna, en todas las esferas de actividad intelectual, siempre se le vió luchando por el esplendor y engrandecimiento de su queridísima Santiago.

Veinticuatro años contaba el malogrado joven en el momento de descender al sepulcro, y en edad tan temprana, no es posible, ni por las condiciones del medio social en que vivía, ni por las circunstancias concurrentes en la escuela política en que estuvo siempre afiliado, ocupar pues-



to sobresaliente en el cuadro de sus contemporáneos, y ofrecer al biógrafo esa serie de actos resonantes que forman la parte principal de la vida de una personalidad histórica. Carecía, a no dudarlo, de esos deslumbradores merecimientos que tanto atractivo tienen para las imaginaciones superficiales que para el observador consciente huelgan en la narración histórica; pero no los necesita para presentar, modesta, si se quiere, pero llena de luz, exenta de máculas, una hoja de servicios en que, desde el primero hasta el último se evidencia consagración absoluta y por completo desinteresada a la causa de la libertad y la justicia.

La historia, que filosóficamente estudiada suministra caudal copioso de inapreciables enseñanzas, presenta a menudo en sus páginas imperecederas, tipos en que, por accidentes fortuitos o por concurso de circunstancias especiales, se personifica un hecho de trascendencia o se simboliza una fase de la evolución incesante de los organismos sociales a la adquisición de fines de positivo adelanto; y vence otros, a quienes todavía se unge con el dictado de héroes, que ofrecen sólo al juicio de la posteridad, bélicos timbres alcanzados en sangrientas y renombradas conquistas. Vase aun tras ellos la admiración de gran parte de la familia humana.

Más para el observador no pagado de vanas exterioridades, obsérvanse otros que aunque más desprovistos de resonancia y de títulos deslumbradores, merecen el aplauso de la opinión sensata, porque en ello se vincula toda la suma de condiciones esenciales para determinar un verdadero hombre público, digno de brillar con viva luz en el magno proceso de las transformaciones humanas. Tendencia constante al bien; firmeza en combatir por él, aun cuando se cierran los horizontes y por todas partes se levante formidable muro; desprecio a las transacciones propuestas por el vicio y a sus halagos tentadores; fidelidad al deber, aunque ella implique el sacrificio de intereses y de afectos, constituyen las verdaderas ejecutorias de un hombre público. Lo demás es humo. Por desgracia, cuán raros son esos caracteres!

Todavía no podía el noble jóven, segado en flor por la implacable muerte, figurar en el número de esos tipos históricos, a quienes la conciencia pública absuelve con encomios y la posteridad prodiga lauros y coronas. Con el tiempo hubiera llegado a contarse en ese número, pues poseía gran parte de las cualidades para ello necesarias. Adhesión acrisolada al bien público; sujeción estricta a los dictados de su conciencia, nunca traicionada por las sugerencias de la ambición, y honradez a toda prueba, eran las principales cualidades de aquella individualidad, que hubiera dado de sí brillantísimos destellos, si su prematura muerte no hubiera veni-

do a impedirlo. Su vida puede resumirse en breves palabras: amó la justicia y sirvió siempre la causa del bien. Pero creeríamos llenar de un modo incompleto la labor que nos hemos impuesto, si a grandes rasgos, no hiciésemos un análisis de esa vida, tan desprovista de hechos resonantes pero tan fecunda en propósitos dignos y levantadas aspiraciones.

III

Aunque por breve espacio de tiempo desempeñó el cargo de profesor de instrucción primaria en uno de los establecimientos docentes de Santiago, dando clara muestra de lo bien que entendía los penosos deberes inherentes al ejercicio del magisterio, por el empeño que se tomaba en el adelanto intelectual y moral de los tiernos seres confiados a su celo pedagógico.

Mas aquella alma soñadora, sedienta siempre de emociones, necesitaba otro teatro más vasto que la escuela para desplegar el vuelo de sus privilegiadas facultades. Las luchas políticas tenían para él atractivo irresistible. Entre las paredes de la escuela se ahogaba. Necesitaba dilatar su espíritu en la candente atmósfera en que se agitan los partidos políticos, levantar su airada voz en la tribuna contra torpes desafueros, y clamar en la prensa porque fuese un hecho el ejercicio libre y pleno de sacrosantos derechos, y la implantación gradual de ciertos principios democráticos de trascendencia suma para el mejor régimen político del Estado. La lucha por el bien era su elemento, y en ella siempre se le encontraba.

No fué, sin embargo, perdido para aquella inteligencia el corto tiempo que pasó ocupando el sitio de maestro. Pronto comprendió que eran ineficaces para el logro de los fines racionales de la enseñanza ciertos métodos empleados, y sostuvo, sin exagerar principios educacionistas, la necesidad de someterlos a gradual y detenida reforma. Oímosle muchas veces, en conversaciones íntimas, exponer a ese respecto larga serie de bien encaminadas reflexiones.

IV

Cultivó con no escaso éxito la literatura de periódico. Género es éste que a primera vista parece que no requiere la suma de conocimientos que se demanda en otras esferas de expansión, intelectual: pero que, bien examinado, la reclama, y mucho, por cuanto exige en los que a él se dedican, aparte de espíritu de observación sagaz y reflexiva y concepción rápida, la luz del saber suficiente para dilucidar de un modo preciso, ciertas cuestiones de vital interés para la mejor organización jurídica de las colectividades humanas.

No hay duda que el periodismo, en ésta época



de general progreso, por las condiciones a él inherentes, reviste importancia suma y alcanza un grado de influjo que, si se utiliza sabiamente, no puede menos que contribuir de un modo poderoso a la adquisición de fines que vinculen práctica utilidad social. La ciencia en su objetivo de luz y el arte en su finalidad estética, reciben de él el vigoroso empuje, pues se presta maravillosamente, por sus condiciones peculiares, a la difusión de todo género de conocimientos en las masas sociales; conocimientos hasta ayer conservados en libros de costoso uso y en el cerebro de corto número de privilegiados, y que hoy, merced al periódico y a otros medios de fácil publicación, descienden, como rocío de luz, sobre la inteligencia de las muchedumbres.

Teniendo el bien por objetivo, la misión del periódico es útil y fecunda; pero puesto, como con harta frecuencia acontece, al servicio de intereses que no tienen otra meta que la de su utilidad personal, o la de la satisfacción de innobles apetitos, falsea entonces su civilizador cometido, desnaturaliza la parte de esfuerzo que le corresponde en el logro del bien social, y produce resultados en extremo nocivos, pues siembra gérmenes de corrupción y de envilecimiento en la atmósfera en que se mueven los organismos sociales.

Desde el primer momento de su aparición en la arena periodística, comprendió nuestro no bastante lamentado amigo, cual era la finalidad de la prensa en ésta época de sobresaliente esfuerzo científico, y en total concepto, dejó siempre ver en sus escritos que era el bien social el blanco a que tendían sus aspiraciones. Gustábase poco ocuparse en la parte de fondo de las hojas periodísticas en que colaboraba o que dirigía, y dejaba con frecuencia a otros el cuidado de desempeñarla. A grande altura rayaba en la redacción de esas partes secundarias de un periódico, en las que chispea el ingenio y que son casi siempre las que más se leen.

En la prensa fué donde más en relieve puso toda la fuerza de su patriotismo. Condenó siempre desde ella toda clase de gubernativos desmanes, de autoritarias imposiciones y de otros hechos dignos de ello, con la rectitud de una conciencia que veía en el bien el más querido de sus ideales.

V

Su estilo, claro como transparente lago de doradas arenas, era el reflejo fiel de sus sentimientos: conciso y agradable se prestaba admirablemente a la externación de juicios rápidos, propios de periodista, y a la propaganda fructuosa de las verdades democráticas en las masas sociales, quienes gustan de lo escrito sencillamente, y detestan todo lo que trasciende a oscurecer la claridad que debe reinar en la exposición de los pensamientos.

Adolecía a veces su estilo de ligeras incorrecciones, excusables por demás en quienes escriben para el periódico sin el tiempo para ello suficiente, viéndose obligados a terminar en breves momentos, por atender a imprescindibles ocupaciones, trabajos que por su índole piden consagración más dilatada. Pero nunca en el desenvolvimiento lógico de sus ideas dejó ver esos conceptos afibológicos que tanto dañan la palabra hablada o escrita. Creía que "la claridad es el alma de la locución", y en tal sentir, cuidó siempre de desterrar de sus escritos toda suerte de giros inadecuados, de chocantes neologismos y de otros vicios gramaticales que afean notablemente el uso de la rica y hermosa lengua castellana.

VI

Tenía facilidad notable en el uso de la palabra, gustándole hacerse oír en reuniones políticas y certámenes de carácter literario, obteniendo siempre la aprobación entusiasta de auditores, a veces en no escasa parte de depurado gusto intelectual, por el timbre simpático de su voz, por lo correcto y castizo de la dicción y por las bellísimas y oportunas imágenes con que solía esmaltar sus armoniosos períodos.

En extremo gustábase esa especie de elocuencia en que el orador tiene por auditorio la impresionable muchedumbre y por dosel los azulados cielos; elocuencia que, ajena de artificios retóricos, es la expresión fiel de los sentimientos que agitan el alma del que habla; elocuencia que ha tenido en éste gran siglo, como su más eximia personificación, la palabra todopoderosa de O'Connell, el defensor ilustre de la desgraciada Irlanda; elocuencia que hace latir siempre a unísono compás los corazones, y que encrespa o aquietta, según le place, el oleaje social, a veces más terrible en su cólera que la que suele agitar los procelosos mares. Ante el concurso popular su mirada se iluminaba, y brotaban a raudales de sus labios palabras que revelaban la elevación de sus propósitos y la magnitud de su patriotismo.

VII

Pero, más que todo, era poeta. Poeta en la no vulgar acepción de ésta palabra. Porque no está la poesía, como la generalidad erradamente se figura, vinculada en escaso número de seres, que no tienen el feliz privilegio de encerrar en moldes apropiados todos los pensamientos que les sugiere la contemplación de las bellezas naturales o el estado de sus facultades afectivas. Si, como no es posible dudarlo, la poesía reside en el sentimiento, todo aquel que sepa sentir con verdadera delicadeza artística, es y debe considerarse como un poeta.

El que se siente presa de dulcísimas emociones al contemplar agreste paisaje, bañado por



las vivas tintas de la aurora o por la luz melancólica de la tarde; el que siente las bellezas que encierra un cuadro en que el arte pictórico hizo espléndido derroche de sus mas delicados matices; el que llora las miserias que la humanidad presenta en su vía crucis terrestre; y se cierne sobre ellas como el ángel de la caridad y del consuelo, ese es poeta y verdadero poeta. Así el amigo inolvidable.

Todo era para aquella idiosincracia esencialmente estética, fuente de delicadas emociones. Nunca contempló, sin entusiasmo profundo, el panorama prodigioso que ofrece la inmensa Vega Real observada desde las alturas del Santo Cerro. Aquellas risueñas colinas que parecen conundirse con el azul de los lejanos horizontes: aquel mar de purísima verdura interrumpido a trechos por pintorescos hogares: aquel conjunto de animación y de colores, que en vano pugnaría la pluma por describir acertadamente y el pincel por retratar de un modo fiel, eran para aquel espíritu, tan dado a sentir las inefables fruiciones del Arte, espectáculos que hubiera querido tener siempre ante su retina.

Encanto dulcísimo tenían para él las tradiciones indígenas: aquella noble raza, digna de mejor suerte, inspirábase compasión profundísima, y con frecuencia recorría su interesante historia, tan llena de poéticas leyendas y de luctuosas escenas. En peregrinación artística visitó el lugar en que se alzaba la populosa e histórica población, que en la segunda mitad del siglo XVI destruyera violentamente una conmoción sísmica, buscando entre sus restos, diseminados en vasta extensión de terreno, con emoción profunda, las huellas de una época histórica fecunda en acontecimientos de todo género para la tierra quisqueyana. Todavía debe conservarse su nombre, grabado por él, sobre los restos de una fortaleza levantada allí por los conquistadores.

Su espíritu, apacentado siempre en artísticos sentimientos y luminosos ideales, no podía permanecer nunca indiferente ante esos cuadros, ora llenos de luz, ora de sombras, que la Naturaleza con sus espectáculos y la Sociedad con sus transformaciones y sus luchas nos fuerzan a contemplar a cada paso.

VIII

A las luchas políticas consagró la mayor suma de su actividad intelectual. Parte activísima y preponderante tomó siempre en las lides cívicas emprendidas por esa briosa parte de la juventud de Santiago, que ha sabido enahastar a toda hora la enseña de salvadores principios democráticos, a despecho de los intereses del momento, prestos siempre a coaligarse contra toda idea luminosa que tienda a guardar la esfera de acción de los organismos políticos. Su ideal

político puede muy bien condensarse en pocas palabras. Anhelaba la implantación gradual, pero efectiva, de los grandes principios que informan el credo de la Democracia representativa, forma de gobierno únicamente racional si bien se mira, y la sola capaz de prosperar en medios sociales, sino del todo aptos para ella, no influenciados al menos por afejas tradiciones, y libres, por completo, de la atmósfera de odios formada en otras partes por el absurdo régimen de torpes privilegios o irritantes desigualdades.

Así, el ejercicio de los derechos naturales, libre por completo de cortapisas tenía en él un campeón decidido; lo mismo que ciertas ideas de vital interés para las sociedades humanas. Abogó siempre con empeño por la pronta y racional difusión de la enseñanza en todas las clases sociales, como medio adecuado para hacer efectivo el cumplimiento de las instituciones; y por el fomento de todo género de industrias, viendo en el científico desarrollo de éstas la verdadera base del pronto bienestar y engrandecimiento de la República.

No tuvo la causa del bien servidor más constante que éste joven malogrado. En las luchas por el triunfo legal de progresivos ideales, encuéntrase siempre formidables obstáculos, suscitados por los elementos que ellos lesionan y a quienes hacen lanzar grito de Guerra. En los momentos de incertidumbre ocasionados por tales obstáculos, parece que el ideal acariciado va a sucumbir bajo los formidables golpes de sus enemigos, y se patentiza entonces un hecho que prueba hasta lo sumo la debilidad de nuestra condición humana. Muchos que en la hora de iniciarse la lucha hicieron ostentoso alarde de adhesión incondicional al principio proclamado, al ver encapotarse los horizontes y al oír por todas partes anuncios de persecuciones y calamidades, abandonan la candente arena pronunciando palabras de duda y procurando cohonestar su conducta con frases dictadas por el egoísmo personal; y otros, viendo fracasar la esperanza del próximo triunfo y con ella la del logro de ardientes aspiraciones, desertan de sus filas y van a aumentar las de los enemigos. Pero también hay otros, muy pocos por cierto, que revelan la entereza de su alma y la fuerza de sus convicciones permaneciendo firme en el palenque del combate, y resueltos a caer, si es necesario, como buenos. Al número de éstos pertenecía Lorenzo J. Perelló hijo.

Nunca desesperó del triunfo de sus ideas, ni aun en los momentos en que parecía pérdida toda esperanza. Si tenía frases de indignación y de desprecio para los que, como el apóstol al dulce Jesús, negaban en la hora triste de la desgracia los principios que habían defendido, también tenía palabras de aliento para los que parecían próximos a desfallecer y a los que procuraba



comunicar todo el fuego que ardía en su alma generosa.

IX

Circunstancias diversas le indujeron a tomar parte en el movimiento revolucionario del 21 de Julio. Las fatigas de todo género que sufrió en los comienzos de aquella sangrienta campaña, minaron su delicada complexión orgánica, y le produjeron una fiebre violentísima que en pocos días puso fin a su existencia, sin ser parte a impedirlo los grandísimos esfuerzos de su desolada madre y los cuidados de un amigo cariñoso.

El 21 de Agosto de 1886 dejó de existir en "Las Lagunas", lugar situado a pocas leguas de Santiago. Allí reposan todavía sus restos esperando el momento de ser trasladados al cemen-

terio de su ciudad natal, adonde el cariño de su familia y de sus amigos ha de levantarle un día modesto monumento.

X

Y vamos a concluir. Al tender una ojeada sobre las líneas que van escritas, de sobre comprendemos que, por nuestra insuficiencia y otras circunstancias, no hemos acertado a dar cabal ideal de la personalidad que las motiva, ni hemos podido reflejar fielmente en ellas todos los sentimientos que al trazarlas se han adueñado de nuestra alma. Creyéndolo así, no podemos menos que repetir, al poner punto final a éstos renglones, aquellos tan conocidos versos del autor inmortal de "La Vida es sueño": Que no cabe lo que siento - En todo lo que no digo.

F. García y Godoy

Bibliografía Colonial

Por CARLOS LARRAZABAL BLANCO

Miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS

— HISTORIA DE LAS INDIAS —

(Edición del Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayón, 1876)

AGATHARCHIDES CNIDIUS.

"Agatharchides Cnidius, allegándose más cerca de la verdad, según opinion de Diodoro que lo recita, dice: que porque en los montes de Etiopía llueve grandes aguas desde el solsticio estival, que es á 14 de Junio ó á 14 dél, hasta el equinoccio del Otoño, que es á 14 de Setiembre, por esto no ser maravilla que en el invierno traiga el Nilo sola el agua ordinaria natural que mana de sus fuentes, y en el verano venga muy pujante; y en esta sentencia parece Diodoro declinar." (Lib. I, t. II. cap. CXXIX, p. 217).

Agatárquides fué un geógrafo e historiador griego de Cnido, que vivía 120 años A. de J. C. Se le conocen tres obras De mari rubro, De Asia y Euripiaea.

SAN AGUSTIN.

"Por la misma razón escribió los 22 libros de la Ciudad de Dios, San Agustín, como se ve

por él en el segundo libro, cap. 43 de las *Retractaciones*,....." (Prólogo pág. 16).

"En la epístola 99 a Evodio" (Prólogo pág. 20).

"Confírmalo San Agustín en muchos lugares de sus obras; pero baste al presente referir lo que de la religión cristiana en este propósito dice libro X, Cap. último, *De Civitate Dei*:....." (Prólogo, pág. 21)

"Ansi lo dice S. Agustín, 24 q. 3 cap. *Corripianur*:....." (Prólogo, pág. 21). (Prólogo, pág. 32).

"...y tras esta opinión se fue San Agustín en el 16 libro *De Civitate Dei*". (Lib. I, t. I, Cap. VI, pág. 64).

(Lib. I, t. I, cap. VII, pág. 74).

"De *Civitate Dei*" (Lib. I, t. I, cap. X, pág. 86).

"Por lo cual es necesario decir, que ansi co-

